

CIENT AÑOS DE SOLEDAD GITANA

POR

JIMENA ESPERÓN

Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, es la novela insigne y más acabada del autor colombiano. Si bien constituye el *corpus* principal de nuestra investigación, el eje del trabajo será ahondar en el conocimiento del pueblo rom, cuyos integrantes fueron erróneamente llamados gitanos en la Península Ibérica, debido a la creencia de que provenían de Egipto. Estableceremos las distintas simetrías que subyacen entre esa cultura y la familia Buendía.

La aproximación a la cosmogonía romaní se hará a partir de las categorías temporales, para luego pasar al concepto cultural de familia y así llegar a la esencia del nomadismo.

1. *El tiempo*

El tiempo se vincula con todo lo existente y, por ello, todo se encuentra sometido a su dinámica.

Como afirma Vargas Llosa, en Macondo el tiempo es circular: «cada minuto contiene a los otros y el final está en el principio y viceversa» (VLL, 1971: 274). *La hojarasca*¹ comienza en el velorio del doctor y termina en el mismo lugar, momentos antes de que se llevaran el cuerpo. En este caso, el tiempo parece no haber transcurrido más que algunos minutos. La historia se construye y reafirma mediante lo que Bergson llama *durée*, duración². Bergson reacciona contra el tiempo físico y cronológico, planteando el con-

cepto de un tiempo no mensurable, un tiempo interior y psíquico al que denomina *durée*. De este modo, la historia sobre el médico y sus avatares, que comprende aproximadamente desde la fundación del pueblo hasta 1928, es recordada en el transcurso de unas cuantas horas por tres personajes: padre-hija-nieto. *La hojarasca* comienza y termina en la inmovilidad, y este quietismo es la visión esencialista que García Márquez tiene del hombre.

En cuanto a la cultura romaní, una de sus particularidades es su desinterés por los bienes materiales, lo cual lleva a sus miembros a ir atendiendo las necesidades del día a día. Para ellos, la vida es el hoy. El futuro no existe, del mismo modo que no existe el pasado. De hecho, en ninguna lengua gitana existen las palabras «historia», «pasado» o «futuro», aunque haya préstamos como en el caso de la lengua lúdar, donde encontramos: «historie, futuro y pasado» (MyT, 2005: 71). Para el pue-

blo gitano, el pasado es recuerdo y el futuro es ficción en la medida en que sólo existe en la imaginación. En este sentido, el pasado encierra el tiempo, el futuro lo restringe y el presente lo vive.

Quizás sea por ello que, en García Márquez, cada acción y palabra que emiten los personajes sean una acción única e idéntica en sí misma. Úrsula descubrió un día «que cada miembro de la familia repetía todos los días, sin darse cuenta, los mismos recorridos, los mismos actos y las mismas palabras a la misma hora» (CAS, 1976: 216). La historia de los Buendía es un engranaje de repeticiones. La repetición, como dice Vargas Llosa, es un procedimiento *encantatorio*: «repetir ciertas palabras o frases según cierto método, ha sido desde siempre una manera de comunicarse con «lo oculto». La repetición está asociada a la idea de rito religioso» (VLL, 1971: 605). Es, a través de la repetición, que se deja de vivir en el tiempo cronológico, para pasar a vivir en

el tiempo mítico primordial, en el que el acontecimiento tuvo lugar por primera vez. Cada instancia en que los distintos personajes ponen interés en los pergaminos de Melquíades no es más que la reactualización de una misma y única acción: el momento primigenio, en el cual José Arcadio se introdujo por primera vez en su traducción.

En cuanto a la problemática de la narración en la novela, en un comienzo nos encontramos ante dos planos temporales: el tiempo del relato y el del discurso. El primero se refiere al orden de los hechos de la historia. *Cien años de soledad* comienza con la fundación de Macondo y culmina con su destrucción; en este sentido, es lineal. Sin embargo, cada uno de los veinte capítulos que conforman la novela se encuentra estructurado en forma circular: «Al comienzo del episodio se menciona el hecho principal de la unidad narrativa, que por lo general es cronológicamente el último» (VLL, 1971: 549).

El tiempo del discurso, por el contrario, es aquel que se sitúa en el momento mismo del acto de narrar. El texto se aleja de la historia para acercarnos a la visión del narrador. En una primera instancia, el narrador se presenta como extradiegético-heterodiegético³, es decir, como un ente externo a los hechos narrados. Sin embargo, hacia el final de la novela, los tiempos se fusionan, y descubrimos que el narrador es autodiegético y homodiegético, ya que quien narra es un personaje —Melquíades— que no sólo desempeña esa función, sino que participa de los hechos narrados. En este punto, el tiempo del discurso y el tiempo del relato coinciden en el momento en que Aureliano comienza a «descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía» (CAS, 1976: 360).

Los pergaminos estaban escritos en sánscrito, lengua íntimamente emparentada con la de los gitanos, el romanó, de raíces sánscritas. Si bien éstos estaban redactados por el gi-

tano Melquíades, es sabido que la cultura romaní es una cultura ágrafa: «La escritura obliga, retiene, encarcela y hace viva la presencia del pasado» (MyT, 2005: 69). En la sicodinamia⁴ de la oralidad, «las palabras no pueden retenerse como en un escrito; el razonamiento sobre las mismas es hecho en el momento en que se escuchan y la verdad va cambiando en la medida en que se habla» (MyT, 2005: 69). Las palabras no pueden atrparse porque, desde el momento en que se dicen, su presencia se ha esfumado. Para el pueblo romaní, la escritura tiene como destino atrpar la libertad; por lo cual, Melquíades, en los pergaminos, no sólo ha restringido la libertad de los Buendía, sino que, por la estructura de lo narrado, los ha condenado a vivir en un eterno presente.

Si *Cien años de soledad* constituye en su totalidad las predicciones de este viejo gitano, Melquíades tuvo que situarse en un momento anterior a los acontecimientos na-

rrados y haber adoptado el tiempo futuro para la historia de los Buendía; sin embargo, la narración se realiza en pretérito. Si, en consecuencia, consideramos la capacidad vidente de este personaje, podemos suponer que Melquíades sabía perfectamente qué miembro de los Buendía iba a descifrar sus palabras. El gitano, en su rol de narrador, se consustancia con el narratario –Aureliano Babilonia– en el momento mismo de su actividad lectora y adopta el tiempo presente para describir los acontecimientos que ocurren simultáneamente, relegando el pretérito para narrar la genealogía de la familia Buendía. De este modo, el narrador se hace visible a través del narratario, por eso, el tiempo presente, utilizado en el final, prolonga la angustia y eterniza la tragedia de Aureliano, pues al desaparecer el tiempo de lo narrado, desaparecerá también el tiempo del narratario.

2. El espacio

Para la física actual, sólo es posible separar las categorías espacio y tiempo a través de una abstracción formal, debido a su insoslayable unidad. Lo mismo sucede con el espacio ficcional.

2.1. Macondo

Macondo es el espacio por excelencia en la obra de García Márquez. De hecho, es escenario de tres de sus novelas y cuatro de sus cuentos. Si bien Macondo es un «árbol del trópico» (GM, 2002: 27), Jaime Mejía Duque afirma que Macondo: «es sinónimo de un lugar lejano y maligno de donde no se regresa. (...) es todas partes y ninguna» (MD, 1996: 28). Esta última significación semántica se asimila a una palabra en lengua romaní: *aduqué* que significa «dondequiera» o lo que es lo mismo «en cualquier lugar»⁵. En efecto, Macondo es cualquier lugar, es todas partes y ninguna. Macondo es un hombre, una familia, una nación, el mundo; pero también es un destino.

Macondo es el pueblo que fundan Úrsula Iguarán y José

Arcadio Buendía tras varios años de travesía y cuyo nombre le fue revelado a él en un sueño.

Los gitanos, debido a su vida itinerante y acorde con su condición de cazadores y recolectores, se han asentado siempre cerca de los ríos; por este motivo, no es casual que, en el espacio ficcional, Macondo sea fundado junto a un río pedregoso, rodeado al oriente por la sierra impenetrable, limitado al sur por los pantanos y al este por la Ciénaga Grande. En consecuencia, podríamos decir que Macondo es un pueblo encerrado y bloqueado, que se eleva sobre una ciénaga, y la ciénaga⁶, tradicionalmente, es el hogar donde viven los ogros y monstruos, devoradores de hombres. Por eso, al explorar la tierra circundante, los hombres sienten «los pulmones agobiados por el sofocante olor de sangre. No podían regresar porque la trocha que iban abriendo a su paso se volvía a cerrar en poco tiempo» (CAS, 1976: 17-18). Si bien, por un lado, la tierra es

la madre nutricia que nos permite vivir de su vegetación, por otro lado, reclama los muertos de los que ella misma se alimenta y es, en este sentido, destructiva. De esta manera, la tierra parece devorar a los hombres a medida que avanzan en su exploración, del mismo modo que lo hará, hacia el final de la novela, el fuerte viento que arrasará el poblado y se llevará al último de los Buendía.

2.2. *La casa*

Es otro de los espacios circunscriptos. Macondo se confunde con la casa, símbolo de centro y espacio sagrado⁷. La casa es la imagen del universo, por eso es construida cuando el pueblo es fundado y sufre los mismos avatares que la familia: se agranda cuando se ensancha el pueblo con la llegada de los mercaderes y es destruida del mismo modo que es arrasada la familia Buendía.

Si, como dice Bachelard, todo lo que se ve desde la casa pertenece a ella, todo lo que se oye también le pertenece.

El pueblo se eleva sobre una ciénaga que termina devorándolo, del mismo modo que la casa devoró a la familia. Desde este punto de vista, la casa funciona como la ciénaga y ambas conforman una pareja especular que actúa sobre el binomio Macondo-familia, en su constitución de objeto devorado.

3. *La familia*

Uno de los valores fundamentales para los gitanos es la familia. Este es el eje alrededor del cual gira la vida y la organización social del pueblo rom. La familia romaní es patrilineal; los hijos pasan a formar parte del linaje del padre y las hijas se adscriben al linaje del marido. La familia está siempre por encima de cualquiera de sus miembros. Ella es la base sobre la cual se funda la estructura social en la que se da cumplimiento a un compendio de derechos y obligaciones con respecto al grupo.

Al igual que la estructura social del pueblo rom, los Bue-

ndía también son una familia patrilineal. La línea familiar se prolonga sólo por una rama de los varones: la de los José Arcadio. La rama de los Aurelianos, si bien tiene descendencia, siempre queda trunca. Esta forma de organización social nos remite al clan bíblico de Abraham, donde los hijos de las concubinas son adoptados como legítimos.

3.1. *El hombre*

En la sociedad romaní, los hombres cumplen fundamentalmente cuatro roles: el *patriarca*, el *vara*, el *bató* y el *tío*⁸.

José Arcadio Buendía se constituye como «patriarca juvenil» (CAS, 1976:15), jefe reconocido y cabeza de una familia extensa, encargado de interpretar la ley tradicional y velar por ella. Es por eso que funda un pueblo, emprende la exploración del terreno, da instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales.

El *vara* es el muchacho joven con capacidad de luchar, como lo es el coronel Aureliano Buendía, quien emprende

una guerra civil contra el gobierno, o bien Arcadio, quien somete a una estricta vigilancia a todo Macondo.

Por otro lado, el *bató* es el hombre casado y responsable de una familia, como lo es José Arcadio con Rebeca, o Aureliano Segundo con Fernanda.

El *tío*, en cambio, es el gitano de edad que por sus años, su poder y su comportamiento, conlleva el respeto de los demás. En *Cien años de soledad*, el *tío* podría estar representado por el viejo Melquíades, respetado por sus años, sus conocimientos y experiencia. Melquíades llega a ser en la novela esa figura ancestral que todos respetan y admiran; de allí que, cuando lo sepultan, sea el entierro «más concurrido que se vio en el pueblo» (CAS, 1976: 71).

La narración indica que el velorio de Melquíades duró nueve noches. El número nueve⁹ hace referencia a la multiplicidad que retorna a la unidad. El nueve es el último de los números maestros para la alquimia, por lo tanto es el fin

del ciclo y el comienzo de otro plano.

Existe una leyenda gitana en la cual un vendedor de caballos, luego de haber sido enterrado, se le aparece a su esposa al noveno día y su espíritu la deja embarazada¹⁰. En este sentido, es sumamente significativo que el velorio de Melquíades haya durado nueve días, pues es a partir de aquí que se marca el fin de un ciclo para el clan Buendía y el comienzo de otro, sucedidos por tragedias y desgracias: la locura y muerte de José Arcadio Buendía, los tiempos de guerra emprendidos por el coronel Aureliano Buendía, el totalitarismo que impone Arcadio sobre Macondo, el suicidio de Pietro Crespi, la reprimenda de los obreros en la estación, el diluvio, el cautiverio de Aureliano Babilonia, el incesto y finalmente el huracán que arrasará con todo.

El espíritu de Melquíades, como ocurre en la leyenda gitana, se hará presente al cumplirse los nueve días de velorio y su presencia será cons-

tante a lo largo de toda la obra. Aureliano Segundo lo verá con «el mismo chaleco anacrónico y el sombrero de alas de cuervo» (CAS, 1976:164) y «lo reconoció de inmediato, porque aquel recuerdo hereditario se había transmitido de generación en generación» (CAS, 1976: 164).

3.2. *La mujer*

En la cultura gitana, el papel de la mujer es importante, aunque su persona esté relegada al hogar. Ella es la encargada del cuidado de la familia. Las niñas, desde muy temprana edad, ayudan a sus madres en las tareas de la casa y en el cuidado de los niños. En *Cien años de soledad*, vemos cómo Amaranta y Rebeca se dedican a bordar por las tardes y cuidar de los más pequeños; tal es el caso de Amaranta quien vela por su sobrino, Aureliano José.

Para la cultura gitana, es muy importante la virginidad de la mujer; de hecho, se hacen ritos para comprobarlo en el día de la boda. En este sentido, no es casual que todas las

mujeres Buendía se mantienen vírgenes hasta el matrimonio, a excepción de Meme, quien, de no haberse interpuesto su madre, se habría casado con Mauricio Babilonia. Sin embargo, puede interpretarse su reclutamiento en el convento como una muerte virginal. De hecho, la última mención que se hace de Meme es cuando Fernanda la llama: «Renata (vuelta a nacer)» (M, 1972: 145).

Asimismo, en la madurez, la mujer gitana puede llegar a ser *tía* —una mujer de respeto—, si ha demostrado a lo largo de su vida un apego y cumplimiento de la ley gitana, esto es: si se ha casado virgen, fue fiel a su marido toda la vida, cooperó con él económicamente y, cuando enviudó, quedó sola. Su consejo puede llegar a tener gran influencia en la familia. El rol de *tía* es el que Úrsula ocupa, pues no sólo se casó virgen con su primo y muchos meses después de la boda mantiene su virginidad por temor a concebir un monstruo, sino que también se

ocupa de remodelar la casa y alimentar a todos los integrantes de la familia.

La mujer en la comunidad romaní no sólo es la encargada de mantener las tradiciones, sino que es además mediadora. Como principio femenino y superior, se constituye en esa otra parte necesaria para conformar la totalidad o perfección del hombre; es, pues, la encargada de restablecer la relación entre el hombre y el cielo: así como la Virgen María se constituye en intercesora de los hombres ante Dios, Úrsula restablece las misas (símbolo de unión con Dios), Amaranta intercede ante los muertos llevándoles cartas de los vivos, Remedios acerca a Aureliano al misticismo, y Amaranta Úrsula reúne en sí la imagen virginal de Remedios la Bella y la erótica de Pilar Ternera. La muerte de ella es lo que, en definitiva, lleva a Aureliano a la revelación de los manuscritos y, por ende, a la elevación espiritual.

4. *La cultura*

Nomadismo. Los gitanos tienen como característica el de ser nómades. El nomadismo designa una de las más antiguas formas de subsistencia y desarrollo humano, que consiste en no poseer un asentamiento fijo.

El pueblo Rom, a finales del siglo IX, emprende su primer gran éxodo desde oriente y, desde entonces, no han dejado de ambular por el mundo.

A finales del siglo XIII, inician una nueva migración (la primera documentada) a causa de las guerras entre los bizantinos, los tártaros y los turcos, tras la llegada de los ejércitos mongoles. Las rutas que tomaron fueron dos: la primera, en dirección al oeste, al interior de Europa, y la segunda, hacia el sur, a través de Siria y el norte de África. Esta diáspora se prolongó hasta el siglo XV, donde hay documentos que hacen referencia al pueblo romaní o, mejor dicho, a los gitanos.

Los romaníes tienen como patria el azul del cielo y el verde de los campos por suelo;

por eso, en esta cultura, es más importante tener un buen medio de transporte que una buena vivienda, y es su costumbre viajar en grupos variables de ochenta a cien personas, lideradas, en general, por un hombre, como lo es José Arcadio Buendía en *Cien años de soledad*.

Sobre los orígenes del nomadismo del pueblo rom, hay diversas leyendas en su acervo imaginario, una de ellas los hace forjadores de los clavos de Cristo. Es por ello que los gitanos, durante gran parte de la Edad Media, fueron considerados descendientes de Caín y condenados a errar por el mundo. Este castigo que pesa sobre el pueblo romaní pareciera también cernirse sobre la familia Buendía. José Arcadio Buendía emprende un viaje hasta llegar al lugar donde se fundará Macondo. Sin embargo, ser nómada o sedentario es algo más que una clasificación antropológica, es un modo de concebir la vida y de practicar la existencia. El itinerante es aquel que no tie-

ne ataduras materiales, que puede desplazarse siempre que lo desee o cuando le es útil o necesario. Hay una gran diferencia entre la objetividad del viaje y su subjetividad: sentirse itinerante. Mientras que el sedentario lo sigue siendo, aunque se desplace, el itinerante —como el gitano— es nómada, aún cuando no viaje. En efecto, los Buendía, aunque se asienten en Macondo, siguen siendo itinerantes: el coronel Aureliano Buendía recorre diversos lugares por cuestiones de guerra; José Arcadio se fuga con los gitanos; Rebeca, tras una larga travesía, llega a Macondo transportando la cenizas de sus padres; Remedios la Bella se eleva a los cielos, y Aureliano Segundo atraviesa un largo camino hasta encontrar a Fernanda.

Todos los personajes de una u otra manera han emprendido, en algún momento de su vida, un largo viaje, cuya raíz esencial es la afirmación de la libertad. La libertad para el pueblo romaní es el valor primordial; sin embargo, lleva al

hombre a un total desarraigo y falta de sujeción. En la libertad no hay ataduras materiales, como una casa o un suelo, pero tampoco hay ataduras sentimentales. Entendida así, la libertad es una forma de vida, pero también es la forma más absoluta de la soledad.

El primer personaje en sentir la soledad es Melquíades, quien «había estado en la muerte, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad» (CAS, 1976:50); le sigue José Arcadio Buendía cuando una noche llora por Prudencio Aguilar, por Melquíades, sus padres y todos aquellos que estaban solos en la muerte. Melquíades es, también, el primero en ser aislado de la sociedad y por eso decide refugiarse en Macondo. José Arcadio, el fundador, es apartado de la sociedad al ser atado junto al castaño; del mismo modo que será apartado y encerrado Aureliano Babilonia en el cuarto de Melquíades. Los personajes se sienten solos como corolario de la afirmación de su libertad.

El nomadismo es más un estado anímico que un estado de hecho. Su existencia y su importancia son más de orden psicológico que de orden geográfico. El itinerante que pierde la esperanza y la posibilidad de volver a partir pierde también toda razón de vivir. Excepto Amaranta Úrsula que siente un verdadero apego a la tierra y a Macondo, el resto de los personajes viven como extranjeros respecto a su tierra, pero, también, se constituyen como extranjeros de sí mismos. Viven porque hay que vivir; pero no viven, sino que sobreviven como si éste sobrevivir fuese un deber, un castigo o una condena.

Son individuos que no se relacionan sino a través del sexo, sin tener conciencia del ser, pero centrados en su propia individuación; por eso se los puede identificar y caracterizar en su particularidad. Cada uno de ellos, en definitiva, tiene como destino sopor-tarse a sí mismo.

Los Buendía son individualistas, tienen conciencia de su

soledad, pero no en sentido trágico. Parecería ser que toda la sucesión de hechos, a lo largo de las generaciones, han estado predeterminados sólo para llegar a la culminación única del final: el nacimiento y muerte del monstruo, el niño con cola de cerdo, en el que se encierra la epifanía de la conciencia trágica:

Antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos (...) porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra (CAS, 1976: 360).

La muerte de su hijo posibilita al último miembro vivo de la estirpe tener conciencia trágica de la vida y, de este modo, llegar al punto crítico de lo apolíneo¹¹. Aureliano Babilonia es un punto centripeto en el que confluye toda la

historia de su familia, incluidos sus miembros, en el instante único de la revelación. Todos los miembros de la familia Buendía se ocuparon de la traducción de los pergaminos sólo con el propósito de encontrar en ellos «un sentido de vida».

Por lo tanto, el final de la novela nos revela que la era apolínea y la conciencia trágica llevan a la destrucción del sujeto, mientras que la era diónisiaca, en la que también viven los gitanos, se constituye en la esperanza.

Rom significa «hombre» e idealmente se conoce el país gitano como *Romanestán*, que puede traducirse como «la tierra de los hombres»; en definitiva, «la humanidad».

Los gitanos viven en comunidad, todos son uno y uno son todos. No tienen conciencia de la identidad individual sino de grupo. Un poema romaní dice:

Dime, herrero, ¿dónde están nuestras tierras, nuestros montes, nuestros ríos, nuestros campos y huertas? ¿Dónde está nuestra pa-

tria? ¿Dónde, nuestras tumbas? Están en las palabras, en las palabras de nuestra lengua romaní¹².

Así como la lengua aúna la individualidad de todos los romaníes en una sola existencia y en una sola identidad y si esta identidad puede ser vista como la humanidad, la imagen final de las hormigas muestra que en ellas tampoco existe la individualidad ni la conciencia de su esencia. Viven su identidad en comunión con su especie, viven el absurdo y su cotidianeidad.

En conclusión, la concepción del hombre que tienen los romaníes, por un lado, es la de ser «extranjero»: la vida es ajena al ser, los hombres no pueden aprehenderla, entonces la vida se vuelve absurda y los gitanos viven en esa absurdidad que constituye lo cotidiano; pero, por otro lado, el hogar es el mundo en su totalidad. En este sentido, los Buendía, a pesar de residir en Macondo, son itinerantes porque son libres, pero esa libertad los hace afirmar la soledad. Todos

los miembros del clan Buendía son solitarios y esta soledad los vuelve extraños para los otros miembros de la familia. Ninguno de ellos se conoce en profundidad. Se intuye la esencia del «otro», pero no se tiene la certeza de «conocer a ese otro».

Los Buendía viven en lo apolíneo: son individuos, finitos y diferenciados. Sin embargo, la presencia de las hormigas evoca el ser-infinito, donde se acepta y se vive la vida sin tener conciencia de su esencia trágica. Los romaníes, al poner la libertad como valor supremo y al concebir la vida como un eterno presente, no tienen tampoco conciencia trágica.

Por lo antes expuesto, se infiere que la presencia gitana en los dos primeros capítulos de *Cien años de soledad* determina y condiciona, a modo de *fatum* (destino), el desarrollo de la trama. Si la escritura, para el pueblo Rom, encarcela, Melquíades, hombre gitano y mago, se constituye en co-creador del desti-

no de los Buendía al escribir en los pergaminos su futuro.

Los romaníes son, pues, los protagonistas invisibles de esta novela. Ellos son los que digitan los hilos de la familia con sus conocimientos sobre alquimia, sus predicciones, su organización tribal, sus valores y su vida itinerante.

La aparición del pueblo Rom en el inicio y en el final de *Cien años de soledad* parecería plantear el absurdo y lo dionisiaco como forma de vida. En lo absurdo, no hay escapatoria porque no hay una finalidad. La vida es absurda: nacemos y morimos, y sin embargo, *vivir* es absurdidad. Por eso, Camus dice: «Vivir es hacer vivir lo absurdo» (C, 1998: 74), porque en ese «hacerlo vivir», el hombre se realiza y su existencia se vuelve epifanía.

Bibliografía

FUENTES PRIMERAS

García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1976.

_____. *Vivir para contarla*, Buenos Aires, Debolsillo, 2002.

—, *La hojarasca*, Buenos Aires, Debolsillo, 2003b.

Fuentes segundas

Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2006.

Bernal, Jorge, O Lolya Le Yonosko, *Le Paramícha le Trayóské (Los cuentos de la vida)*, en Moronese, Leticia y Tchileva, Mira [comp.] *Patrimonio cultural gitano*, Comisión para la preservación del patrimonio histórico cultural de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2005.

Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Altaya, Barcelona, 1998.

Chevalier, Jean [dir.], *Diccionario de los símbolos*, Herder, España, 2003.

Cortés Marató, Jordi y Martínez Riu, Antoni, *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona, 1996.

Genette, Gérard, *Figuras III*, Lumen, Barcelona, 1989.

Maturo, Graciela, *Claves simbólicas de Gabriel García Márquez*, Fernando García Cambeiro, Bs. As. 1972.

Mejía Duque, Jaime, *Gabriel García Márquez: mito y realidad en América*, Buenos Aires, Almagesto, 1996, p. 28.

Nietzsche, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, Buenos Aires, 1995.

Vargas Llosa, Mario, *Historia de un deicidio*, Barcelona, 1971.

Fuentes web

Angulo Valdéz, Carlos, *Caribe Colombia fen Colombia Ciénaga Grande* [sic], Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República.

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/carcol/ciegra.htm> [Consulta: 28 Mayo de 2009].

Bello, Xuan, «Poema de Eslam Drudak» en *Paniceiros*, Areté, Madrid, 2004, p. 106.

<http://books.google.com.ar/> [Consulta: 12 de Junio de 2009]

Diccionario Calo-Castellano http://superpatanegra.com/diccionario_castellano_calos.php [Consulta: 10 de Junio de 2009]

Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* [en línea]. Vigésima segunda edición, 2001. <http://www.rae.es> [Consulta: 03 de Junio de 2009]

Unión Romani: organismo reconocido por las NU. <http://www.unionromani.org> [Consulta: 06 de Junio de 2009]

Universidad de León, *Unidad didáctica sobre el pueblo gitano* http://www3.unileon.es/dp/ado/ENRIQUE/Diversid/Webquest/Unidad_DidacticaPuebloGitano.pdf [Consulta: 08 de Junio de 2009]

FUENTES ORALES

Nadiche, Graciela (31), mujer romani, perteneciente al clan *boyash*,

kumpania de Buenos Aires, nos brindó una entrevista sobre la cultura del pueblo Rom.

Notas

¹ García Márquez, Gabriel, *La hojarasca*, Buenos Aires, Debolsillo, 2003.

² Los conceptos filosóficos que se esbozan en este trabajo están documentados por Jordi Cortés Marató y Antoni Martínez Riu en *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona, 1996.

³ Para la clasificación de los narradores se seguirán los conceptos esbozados por Gérard Genette en *Figuras III*, Lumen, Barcelona, 1989.

⁴ Término usado para designar el trabajo de imágenes con símbolos.

⁵ Dirección web del diccionario caló-español http://superpatanegra.com/diccionario_castellano_caló.php

⁶ Chevalier, Jean [dir.], *Diccionario de los símbolos*, Herder, España, 2003.

⁷ Chevalier, Jean [dir.], *op. cit.*, 2003.

⁸ Universidad de León, *Unidad didáctica sobre el pueblo gitano*. <http://www3.unileon.es/dp/ado/ENRIQUE/Diversid/Webquest/Unidad_DidacticaPuebloGitano.pdf>

⁹ Chevalier, Jean [dir.], *op. cit.*, 2003.

¹⁰ Bernal, Jorge, O Lolya La Yonosko, «La historia rusa de Chompi de los Bogeshtl» en *Le Paramicha le trayóske (Los cuentos de la vida)*, Comisión para la preservación del patrimonio histórico cultural de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2005.

¹¹ Se sigue a Nietzsche al abordar los conceptos «apolíneo» y «dionisiaco» desarrollados por él en *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, Bs. As., 1995.

Para el filósofo, Dionisos es la representación del ser-infinito, de la aniquilación, el hundimiento y la destrucción, representante de lo caótico y desmesurado, en contraposición con Apolo, símbolo del ser-finito (por lo tanto, del nacimiento y la decadencia), del ser diferenciado. Apolo diviniza el principio de individuación, construye la apariencia de la apariencia. En la visión dionisiaca, en cambio, los personajes aceptan y viven la vida, sin tomar conciencia de su esencia trágica.

¹² Bello, Xuan, «Poema de Eslam Drudak» en *Paniceiros*, Areté, Madrid, 2004, p. 106.